

EL INFINITO EN UN JUNCO

Cuando estás en la cima del mundo, no hay favores excesivos. Se decía que **Ptolomeo II** envió mensajes a los soberanos y gobernantes de cada país de la tierra. En una carta sellada les pedía que se tomaran la molestia de enviarle para su colección sencillamente todo: las obras de poetas y escritores en prosa de su reino, de oradores y filósofos, de médicos y adivinos, de historiadores y todos los demás.

Además -y esta ha sido mi puerta de entrada a esta historia-, los reyes enviaron por los peligrosos caminos y mares del mundo conocido a agentes con la bolsa llena y órdenes de comprar la máxima cantidad posible de libros y de encontrar, allí donde estuvieran, las copias más antiguas. Este apetito de libros y los precios que se llegaban a pagar por ellos atraieron a pícaros y falsificadores. Ofrecían rollos de falsos textos valiosos, envejecían el papiro, fundían varias obras en una para aumentar su extensión e inventaban toda clase de hábiles manipulaciones. Algún sabio con sentido del humor se divirtió escribiendo obras bien amañadas, auténticos fraudes calculados para tentar la codicia de los **Ptolomeos**. Los títulos eran divertidos; podrían comercializarse hoy con facilidad, por ejemplo: “Lo que Tucídides no dijo”. Sustituyamos **Tucídides** por **Kafka** o **Joyce**, e imaginemos la expectación que provocaría el falsario al aparecer en la Biblioteca con las fingidas memorias y los secretos inconfesables del escritor bajo el brazo.

A pesar de las prudentes sospechas de fraude, los compradores de la **Biblioteca** temían dejar pasar un libro que pudiera ser valioso y arriesgarse a enfurecer al faraón. Cada poco tiempo, el rey pasaba revista a los rollos de su colección con el mismo orgullo con el que pasaba revista a los desfiles militares. Preguntaba a **Demetrio de Falero**, el encargado del orden de la Biblioteca, cuántos libros tenían aya. Y **Demetrio** lo ponía al día sobre la cifra: “Ya hay más de veinte decenas de millares, oh Rey; y me afano para copletar en breve lo que falta para los quinientos mil”. El hambre de libros desatada en **Aleandría** empezaba a convertirse en un brote de locura apasionada.

1. **Subraya las palabras que no entiendas.**
2. **Señala la idea principal del texto.**